

luego por apólogos en prosa ó verso viejas narraciones asiáticas, en las cuales entra el hechizo y el sortilegio; que os echa las cartas á los pies ó los dados junto al plato y la copa de vuestra mesa; que castañetea los viejos crótalos al són melodioso de la guzla, cuyos acentos elegíacos impregnan los aires con sus melodiosas elegías; que luego canta esa canción de amor, en cuyas estancias el deliquio sube tanto, que os inspira por su voluptuosidad hasta el deseo de libar la muerte toda en un beso y enterraros en unos brazos; vedla bailar cuando sus ojos relampaguean, y con los brazos arriba y atrás la cabeza parece como irse del mundo nuestro á otro superior, en el cual no tengan los amores ni nuestras desdichas ni nuestros desengaños, y decidme si no comprenderéis la voluntaria esclavitud proverbial de César y de Antonio á la incomprendible Cleopatra.

Difícilmente se comprenderá el carácter de Cleopatra sin estudiar el carácter de sus antecesores. Este carácter, por tal modo se arraiga en ellos y á todos por misteriosa ley se dilata y extiende sin desmentirlo una sola generación, que la idea de mezclar el Asia y Grecia persiste, perdura, sin vacilaciones, hasta la extinción completa de tan extraordinaria familia. Toda ella está comprendida en Alejandro, toda ella queda por Alejandro explica-

da. El gran conquistador se propone que la vida exuberante griega rebose del mundo heleno y recaiga en todo el Oriente. Con este fin los dioses patrios y los dioses extraños llegan á erguirse juntos en los mismos altares; las ciencias filosóficas helenas y las teologías asiáticas llegan á componer un sincretismo confuso; desde los templos del Ática, tan armoniosos, hasta los templos del Egipto, tan indescifrables; desde los templos del Egipto hasta el arca divina de Jerusalén; desde el arca divina de Jerusalén hasta la pagoda pagana del Indo y del Ganges, Alejandro trazará triángulos esplendentes, los cuales brillarán en lo porvenir sobre las trilogías alejandrinas y sobre la cristiana Trinidad. El fundador de la familia ilustre á que pertenece Cleopatra, el inmortal Ptolomeo, está entre los generales de Alejandro. Siguióle por las montañas del Epiro, por las aguas del Bósforo, sobre la tumba de Aquiles y las ruinas de Troya, en el asedio de Tiro y en el ingreso á Jerusalén, lo mismo cuando celebró en el seno de la Bactriana el enlace de sus soldados con las princesas bárbaras que cuando consultó los oráculos de Júpiter Ammón en el desierto de Libia, lo mismo cuando reprodujo los imperios ninivitas y babilónicos entre las aguas del Tigris y las aguas del Éufrates que cuando sorprendió la cuna de los dioses suyos entre las aguas

del Indo y del Ganges, recibiendo en su alma el soplo de las ideas orientales y dejando como á manera de cambio la estela del pensamiento griego sobre toda la superficie del Asia. Observad las dinastías nacidas y brotadas á una del sepulcro de Alejandro. Han roto entre sí en guerra y han fraccionado el maravilloso imperio, levantándose airadísimos unos contra otros sobre los despedazados fragmentos. Y, sin embargo, no han podido, no, romper y fraccionar el espíritu de Alejandro, uno en todos ellos, en los Antígonos de Grecia y Macedonia, en los Seleucidas de Siria, en los Ptolomeos de Alejandría. Estos últimos parécenme los más fieles al testamento de Alejandro. Residentes los Antígonos en Grecia, sobrepónese al espíritu oriental el espíritu griego en ellos, y residentes los Seleucidas en Siria, sobrepónese al espíritu griego el espíritu oriental en ellos. La verdadera síntesis entre la idea helénica y la idea ingenuamente oriental resplandece con vivos resplandores sobre los Ptolomeos. No se hallan éstos en Grecia, la tierra del individualismo antiguo; no se hallan tampoco en Asia, la tierra del antiguo panteísmo; así no son sobrado griegos, como los Antígonos, ni sobrado asiáticos á la manera de los Seleucidas; alzados en Africa, frente á frente de Grecia, cerca, muy cerca de Siria, en la desembocadura del Nilo, que lame

tantos templos y acarrea tantos pensamientos, equilibran fuerzas contrarias en la mecánica de su imperio, sintetizan pensamientos opuestos en el sistema de su filosofía é irradian desde sus observatorios astronómicos, desde sus faros ribereños, desde sus museos científicos tal éter, que así como el derecho romano regula y organiza en sus códigos el mundo social, Alejandría lo envuelve y lo circunda con el aire vivificador de sus ideas. Dioses de todas las teogonías, estatuas de todos los altares, libros de todas las bibliotecas, pensadores de todas las escuelas, emisarios de todos los pueblos congrégnense allí á continuar la obra de Alejandro; sus nupcias entre todas las razas del mundo; sus comuniones místicas al pie de los altares, que representan todas las iris del cielo; sus esfuerzos épicos, rematados siempre por un sincretismo universal, en cuyos senos generaciones enteras se confunden como las cenizas de los muertos en las entrañas del planeta y como las irradiaciones de los astros en la infinidad del espacio. ¿Comprendéis así ahora el espíritu de Cleopatra?

Fué hija de Ptolomeo Auleta, precedido por innumerables Ptolomeos en una dinastía que reinó cerca de cuatrocientos años. Cuando leemos Plutarco y sus Vidas, Plutarco, cuyo abuelo conociera gente que había estado en las cocinas mismas de

Cleopatra y referídele todo lo extraordinario generalmente contado de ellas; cuando leemos los versos de Ovidio, de Virgilio y de Lucano que le conciernen; cuando repasamos las cartas de Cicerón sobre su persona, con la cual departiera varias veces y á la cual varias veces visitara; cuando meditamos sobre las observaciones del naturalista Plinio, creemos leer un romance, una epopeya, un drama, todo menos una historia verdadera narrando hechos realísimos. Así las letras, las artes, la filosofía, la fisiología misma se han dado de ojo para estudiar el tipo extraño de una mujer extravagante, reina, sacerdotisa, bayadera, general, filósofa, jugadora de dados, astróloga, matemática, diosa, comedianta, prostituta, en quien, sobre todos estos aspectos, reina con absoluto imperio el amor con su desenfrenado cortejo de propensiones invencibles á los más ardientes y más desatentados placeres. Tipo extraño, tipo extravagante, que diríais invención de un poeta en delirio y no copia de un original tomada en la realidad misma por historiador veraz y profundo. Medio siglo antes de Jesucristo murió el padre de Cleopatra, dejando su trono á sus dos hijos, á ella misma y á su hermano Ptolomeo Dionisio, con la condición expresa de casarse, cual acostumbraban los hijos de rey en aquellos tiempos y pueblos. Cleopatra, con tal de reinar,

accede á todo cuanto manda su padre; pero no así Dionisio, quien apetece reinar solo. Y á fin de conseguir su deseo destierra sin consideración á la hermana del reino. Dado el cruel temperamento de tan extraordinarias edades maravillémonos de que Ptolomeo Dionisio desterrase á su hermana tan sólo, pues bien pudo concluir con ella, según la universal usanza, hecha ya tradición, de rematar á los enemigos entonces. Para fortalecerse más y más Dionisio acudió á Pompeyo. Y no hay sino decir explícitamente que acudió á Pompeyo para decir implícitamente que su hermana y mujer acudió á César. El mundo romano empleaba una muy varia política en la organización de sus dominios. Donde podía ejercer la conquista con todo su imperio y con toda su fuerza ejercíala sin reparo; pero donde ó el enemigo no provocaba bastante sus cóleras ó ella no se reconocía con hartas fuerzas para ejercer la violencia y constituir el imperio directo, contentábase con una especie de protectorado como el ejercido en aquella sazón sobre todo el Egipto. Concluída en Farsalia la fortuna de Pompeyo, corrió hacia el amigo á quien protegiera con la sombra de su autoridad y ayudara contra la competencia de su hermana. Pero Dionisio, cobarde, muy cobarde, y como todos los cobardes malvado, muy malvado, abandonó su protector sin empacho y dejó á los

mismos soldados suyos descabezarlo sin piedad. Persiguiendo César á su aborrecido rival, dió en Egipto; y dando en Egipto, sobre cuyo imperio reinaba un tan acerbo adversario suyo como el hermano de Cleopatra, demostró una vez más todo el temple de su alma, en la cual se reunían y sumaban con todas las habilidades propias del más consumado y sabio repúblico todos los atrevimientos, y todos los arrojos, y todos los arrestos, y todas las temeridades naturales á un audaz y consumadísimo soldado. Así la residencia de César en Alejandría con Cleopatra y ante Dionisio se encuentra entre los rasgos más salientes de su vida.

César llevaba consigo muy poca gente á una ciudad tan desconocida para él como Alejandría y tan babilónica por su abigarrada confusa población. Combatían en sus senos, como en campo de batalla, los partidos contrarios; además de aquellos que se traducían de Roma, como los partidarios de César y su rival, aquellos que brotaban allí de sus circunstancias particulares, como los partidarios de Dionisio y su hermana. Por tanto le aconsejaban muchos que no cometiese la temeridad increíble de ir solo, pues necesitaba para conjurar los muchos peligros allí amontonados de una gran fuerza sumada con una gran prudencia. Mas no había temeridad que le pareciese

difícil á un hombre como aquel, confiado en su fortuna y en su estrella. Tan sabio escritor como perfecto general debía tentarle semejante suelo de los misterios y de las revelaciones, en que aprendieron su ciencia todos los sabios mayores de la vieja Grecia. Estar en los mares helenos y no ir á los mares egipcios cosa incomprendible á quien contemplaba con atención tan reconcentrada todos los problemas humanos y vivía de la vida universal. Luego, voluptuoso, muy voluptuoso, el renombre de Cleopatra llegaba con prestigios indecibles á unos oídos como los suyos, á unos oídos abiertos al reclamo y requerimiento de todos los placeres. ¿Qué podía temer? En mísero esquife atravesó millares de barcas enemigas, librándolo todo á la propia fortuna que llevaba dentro de su esfuerzo y á la estrella de su propicio sino que veía brillar en el cielo. Con sólo una mirada sometió piratas, muchos en número, y á quienes amenazó de muerte al acometerlos y rendirlos. Casio, su enemigo más implacable, le había entregado sin pestañear una escuadra. Por consecuencia bien podía él ir á Egipto. Llegado allí, una fúnebre impresión le asaltó, la vista de los despojos de Pompeyo. Aquella cabeza, que rematara un día el mundo, rodó á sus pies. Al recibir su anillo, que llevaba grabado un león sosteniendo una espada, lloró amargamente.

Al fin tuvo que desembarcar, no obstante los consejos de sus amigos más fieles. Dos legiones de á pie y ochocientos milites de á caballo llevaba consigo. Pocas fuerzas, en verdad, para sus temerarias aventuras. La guerra civil de Roma prendió por Alejandría, y en las calles de ciudad tan babilónica se representaban todas las noches al vivo Dirraquios y Farsalias. Para mayor confusión habíase propuesto reconciliar á los dos hermanos en el testamento de su padre llamados al trono, Dionisio y Cleopatra. Aquél se hallaba muy precavido en Alejandría y ésta impacientísima en el destierro. Ambos á dos habíanse propuesto prescindir cada cual de los derechos del otro y reinar enteramente solos. César entró con sus lictores, con todo el aparato de la dictadura, y esta entrada temeraria é irrespetuosa le indispuso á un tiempo con el rey Dionisio y con el pueblo alejandrino.

El rey, sin embargo, reclamaba que lo reconociera César, y se negaba éste, primero por haber peleado en el partido de Pompeyo, después por haberse puesto á usurpar la parte de imperio poseída por Cleopatra. Instalado en el palacio de los Ptolomeos estaba por completo á su merced el reino, pero no estaba la reina. Su fantasía encontraba nutrición indudable allí en los innumerables monumentos donde se veían volar con las estrellas

descendidas á los conjuros científicos las ideas evocadas de los abismos del tiempo que constituyen la misteriosa eternidad. César oía con suma complacencia los rumores del Nilo sacro y los rumores del espíritu asiático al pie de los obeliscos y al amor del fuego centelleante sobre los sacrificios. Mas no satisfacía su alma con sed hidrópica de múltiples emociones aquejada esta pura contemplación intelectual. Necesitaba ver la magia y todos sus espejismos orientales; por las venas sentir el calor de todos los hechizos; conjurar con fórmulas cabalísticas los genios infernales ó divinos latentes en el seno de las cosas; oír los misterios guardados por las estrellas para quienes aciertan á deletrear tantos luminosos jeroglíficos por las varias constelaciones compuestas; contemplar el enlace de lo real y lo ideal en los augurios y en los presagios; á los resplandores alquímicos de cualquier vieja retorta con mixturas endiabladas, en combustión extraña, descubrir el baile vertiginoso de los seres sobrenaturales; asistir al trasiego de los espíritus desde un cuerpo á otro cuerpo en las transmigraciones pitagóricas allí acreditadas; escuchar el concierto de los seres vivos con las ideas abstractas y puras en los delirios platónicos; resucitar del seno de las tumbas, talladas en pórfido y cubiertas de signos, los muertos; participar de la

teurgia reinante por aquel entonces al abrigo de los obeliscos y de las palmas. Ninguna de tamañas satisfacciones podía conseguir el dictador, aburrido por completo de la regularidad occidental, sin Cleopatra. Por consiguiente, necesitaba de Cleopatra, la funestísima helena egipcia, como la llamaba Lucano, capaz de adormecer con sus besos el cuerpo en la voluptuosidad y con sus brujerías el espíritu en la magia. Como ella sabía tal estado de su ánimo, le busca sin escrúpulo, desafiando en frágil trirreme las cóleras del mar y en temerario desembarque las cóleras del monarca. Sigilosamente penetra en el faro, que no esclarece un escollo tal como ella, y conmina ferozmente al guardián, que cae temblando á sus pies, temeroso del monarca y sus cóleras. Mas ella no teme nada. Su industria le sugiere meterse dentro del fardo de alfombras apercebido para el cuarto de César, y así penetra sin empacho y sin dificultad hasta el gabinete mismo donde no podía esperarla ni siquiera la creadora y audaz fantasía del dictador romano. Imaginaos el asombro suyo al ver desplegarse los tapices para el servicio suyo hacinados y surgir como por arte de mágico encantamiento la hechicera con todas sus gracias, con todos sus artes, con todas sus provocaciones, ofreciendo besos, fulminando miradas, los brazos tendidos á él, mal encubiertos entre gasas, armo-

niosas las líneas de su cuerpo como una estatua clásica, centelleando en sus sienes el nimbo invisible de las ideas teúrgicas, tan dispuesta para los excesos del placer y del sentido como para los deliquios del misticismo contemplativo y de la ciencia teúrgica. La emoción causada por la presencia de Cleopatra en César debió resultar de las más hondas, pues fué de las más tenaces y más duraderas, tanto, que le acompañó hasta la hora de su muerte.

Lucano consagra el canto décimo de su epopeya inmortal á la entrevista de César con Cleopatra. Y como primera observación se le ocurre la más evidente á una sola ojeada, lo imposible de condenar al sensual Antonio por sus desenfrenados amores, cuando un estadista y soldado tan señor de sí como César, se rinde sin resistencias y avasalla espíritu, ánimo, entendimiento, voluntad, albedrío, á la hechicera gitana. Con el bronceo sistro egipcio y sus vibraciones metálicas, muy semejantes al sonido agudo y estridente de bélicos clarines, sacude Cleopatra los cimientos del alto y sublime Capitolio, que parecían radicar en la columna sobre que, según los antiguos, descansaba el mundo. Las gallinas de su corral aterraron á las águilas de Roma. Los afeminadísimos canopios, que parecían mujeres adobadas por amorosos cosméticos, se burlaron

del valeroso legionario romano. El pueblo rey con la Ciudad Eterna estuvieron á pique de caer ¡oh mengua! bajo las abigarradas sandalias de una hembra extranjera. Todo se lo creyó permitido y posible la temeraria desde que yaciera una larga noche sobre la cama de los Ptolomeos en brazos de César. Y mientras así éste olvida su propia dignidad y su poder sobre los hombres abandonados á una maga, en los arenales de Libia la sombra del último romano se levanta con Catón, rodeada misteriosamente de aquellas tenaces legiones que, huídas á tantos desastres y salvadas de tantos naufragios, aun pelean por la libertad y por la república. Mas ¿qué importa de todo esto á quien pugna por erigir un trono y en ese trono alzar á su querida? Ésta, serena por no afean con el dolor la mágica belleza de su extraño semblante; pero desordenada la cabellera y desordenada la palabra, fingiendo emociones por su pecho no experimentadas, échase de hinojos ante César, le abraza con efusión las rodillas, le oscula con amor los pies y le pide una corona por su hermano repartida entre los favoritos y los siervos en aquella tierra de los imperios despóticos y de las esclavitudes eternas. Los romanos, que apenas han salido en aquellos días de la república, no pueden comprender los esplendores de tantos babilónicos palacios, donde los Ptolomeos

han amontonado los despojos del Oriente. Paredes solidísimas de pórfido con bellas incrustaciones de ágatas; pavimentos de piedra ónix; pilastras de negro ébano; planchas de oro en el techo; marfil en moles á los pórticos; concha cortada en tortugas de la India por las puertas engarzando oscuras y desmedidas esmeraldas; tapices persas con todos los colores de la cola del pavo real y púrpura de Tiro con flecos de perlas rematada; esclavos negros de Libia junto á esclavos blancos del Danubio; todo esto y otras mil fantasías ofrece la diosa del Oriente á quienes llegan de dormir al raso en Farsalia y de rumiar como los brutos hierbas en las hambres verdaderamente célebres de Dirraquio. El Oriente sobrepujaba con las riquezas de sus incomparables pedrerías todo cuanto de él había mentido la imaginación humana en el transcurso de los siglos.

Cleopatra iba, por su parte, cargada como un ídolo de riquezas sin cuento. Los zafiros con que sostenía su manto en los hombros, la diadema que brillaba en su negra cabeza, los carbunclos resplandecientes como astros de luz propia en la oscuridad, las esmeraldas varias de todas aguas y de todos matices, las pedrerías, costaban conquistas y valían imperios. El lino de Sidón, hilado por Seres, envuelve, como nube opalada en el ocaso por las